

Índice

<i>Introducción. Justificación del libro, por Luis R. Aizpeolea</i>	13
ANTECEDENTES. TXILLARRE. DE 2000 A 2005	21
En las peores condiciones.....	22
Primeros papeles.....	23
Pensando en el PP	27
Rodríguez Zapatero y el 11-M.....	29
Con la Iglesia hemos topado	31
Roma confirma, pero no bautiza	33
La eficacia de lo sencillo.....	35
Mensajes cruzados	36
Dos no pelean si un tercero no quiere	39
Se mantiene la apuesta.....	43
PRIMERA FASE. GINEBRA. ELABORACIÓN DE LA HOJA DE RUTA. JUNIO-JULIO DE 2005	49
Primeras reuniones.....	49
La oposición del PP.....	58
El «cartero» se transforma en interlocutor	63
Primera cita.....	63
Mentiras y verdades.....	67
Primera reunión oficial. 25 de junio de 2005. El método	68
El eterno retorno a la historia	70
Las condiciones del diálogo	71

Bomba en el estadio La Peineta, Madrid	72
Me quedo a pesar del atentado	73
Propuestas	74
El camino hacia el «punto cero»	75
29 de junio. Madrid «mete prisa»	76
Un negociador despistado	78
Todo lo tenía en la cabeza	79
Reunión del 30 de junio. Propuestas para un arreglo.....	81
Bases del acuerdo	84
Reunión del 2 de julio de 2005. Momento clave	85
Reflexiones sobre la situación.....	87
Reunión del 5 de julio de 2005	88
Peces-Barba	90
Atentado de Londres	93
Hoja de ruta provisional	94
Miguel Ángel Aguilar y el héroe de la retirada	94
9 de julio de 2005. Hacia la tregua.....	95
10 de julio. Cómo ratificar los preacuerdos.	
Misa en la Iglesia ortodoxa	96
11 de julio. Tregua y <i>kale borroka</i>	98
12 de julio. Quebraderos de cabeza.....	99
Un asunto trascendental. Las dos mesas.....	101
13 de julio. La penúltima reunión. Información del <i>Abc</i> ..	101
14 de julio. Aniversario de la Toma de la Bastilla.	
Última reunión	105
Textos del Acuerdo de Ginebra	107
SEGUNDA FASE. OSLO. RATIFICACIÓN DE LA HOJA DE RUTA.	
NOVIEMBRE DE 2005	109
El reencuentro. Noviembre de 2005	109
El verano de 2005	109
El Estatuto de Cataluña.....	113
El puente del Pilar, en Ginebra.....	115
Oslo no era Ginebra	117
Josu Urrutikoetxea y Txeroki.....	119
2 de noviembre. Primera reunión en Oslo. Sorpresas.....	120
La ratificación de los Acuerdos de Ginebra	122

ÍNDICE

Intervención del Centro	124
3 de noviembre. Segunda reunión. Las garantías	125
Garantías. Legalización de Batasuna.	
Controles policiales	126
Las condiciones del diálogo	128
La visión del Centro	128
Las garantías de ETA	129
4 de noviembre de 2005. Tercera reunión.	
Tregua y garantías.....	129
Los paseos por el bosque.....	130
La cuestión de la tregua.....	131
5 de noviembre. Declaración de tregua y garantías.....	131
Exigencias a ETA.....	132
Valoración positiva	132
6 de noviembre. Preocupación en Madrid.....	133
La furia de Rubalcaba	134
6 de noviembre. Acuerdo sobre la declaración de tregua. Debate sobre las garantías.....	135
Acuerdo sobre la tregua.....	136
Una cena con Josu Urrutikoetxea	137
7 de noviembre. Pacto de Estado y delegaciones	137
El acuerdo final.....	139
Reunión del 8 de noviembre	139
Cena distendida	140
9 de noviembre. Las nieblas	141
A vueltas con el final del terrorismo.....	143
10 de noviembre. Última reunión, último incidente.....	144
Enfrentamiento personal con Urrutikoetxea.....	146
El Centro para la bronca	147
Los Acuerdos de Oslo.....	149
Reflexiones sobre lo ocurrido.....	150
 TERCERA FASE. EL INCUMPLIMIENTO DE LA HOJA DE RUTA.	
MARZO-DICIEMBRE DE 2006	153
Poco duró la alegría.....	153
Tregua y reacción social	163
Primeros obstáculos.....	169

Zapatero en Euskadi.....	173
Algo había fallado	175
22 de junio de 2006. Primera reunión con ETA tras la tregua.....	177
23 de junio. Segunda reunión en Lausana	181
Crisis y bloqueo del proceso	182
Segundas reuniones con ETA tras la tregua. Septiembre de 2006.....	187
Nuevas presencias. Entra en escena Thierry	187
Reunión del 26 de septiembre de 2006 en Lausana	188
Reunión del 27 de septiembre de 2006.....	190
Reunión del 28 de septiembre. Bloqueo del proceso	191
Todos animan a Zapatero a seguir adelante.....	192
Arrecia la oposición y la crisis	195
Loiola.....	200
Sobre las reuniones.....	203
Los papeles	205
Punto por punto	206
Cuestión de método	211
Acuerdo cerrado	214
Inesperada ruptura.....	215
Significado de la ruptura	216
Tercera tanda de reuniones en Oslo. Reunión del 11 de diciembre. Desaparece Josu Urrutikoetxea...	218
Almuerzo con Thierry.....	219
Reuniones del 14 y del 15 de diciembre. De mal en peor	221
Reunión del 15 de diciembre	222
Zapatero y Rajoy.....	223
Últimos intentos y la ruptura	224
Atentado en la T-4. La ruptura	224
Un antes y un después	228
Después de la ruptura. La nada.....	232
Fuegos de artificio	233
Oferta sin fundamento	238
16 de mayo. Última jornada.....	242
Ruptura formal del proceso.....	244

ÍNDICE

HACIA EL CESE DEFINITIVO DE ETA. FRACASO TÁCTICO	
Y ACIERTO ESTRATÉGICO.....	247
La explicación de ETA	248
Consecuencias del proceso en ETA	
y la izquierda abertzale	256
La desafección de la izquierda abertzale	263
Pulso entre la izquierda abertzale y ETA.....	270
Las treguas de septiembre y enero	274
Los estatutos de Sortu y las elecciones municipales	277
La liturgia del final	280
<i>Epílogo. Una nueva etapa. La paz de los vascos,</i>	
<i>por Jesús Eguiguren</i>	<i>287</i>
No cometer errores	288
Qué hacer. Un documento que sigue vigente.....	290
Reflexiones finales	310
El desafío más importante.....	312
Amar al país	313
<i>Índice onomástico.....</i>	<i>315</i>
<i>Anexos.....</i>	<i>323</i>
<i>Agradecimientos.....</i>	<i>359</i>

Introducción

Justificación del libro

Muchas cosas están pasando en el País Vasco. La más importante de todas ellas ha sido el adiós a las armas por parte de ETA. Son pocos los que discuten que estamos ante una decisión de dimensiones históricas. A pesar de todas las contradicciones, de las discrepancias en cuanto a valoraciones, todo el mundo coincide con que nos encontramos ante el final del problema más grave que arrastrábamos desde la transición, y de eso no hay duda. La forma que ha adquirido este final ha sorprendido a la mayoría y ha generado desconfianza en algunos sectores, pero las cosas son como son. Siempre se ha dicho que Dios escribe con los renglones torcidos. Renglones torcidos difíciles de interpretar a veces.

ETA. Las claves de la paz pretende arrojar luz sobre lo que está ocurriendo y explicar por qué ha ocurrido. El objetivo de este libro es contar de forma íntegra el Proceso de Paz que se abrió en Euskadi entre 2000 y 2006, y que es el antecedente de lo que ha sucedido ahora. Un proceso liderado por el tantas veces criticado José Luis Rodríguez Zapatero con el respaldo de Alfredo Pérez Rubalcaba, y cuya gestión a tenor de los últimos acontecimientos y de su desenlace merece una valoración más objetiva. *ETA. Las claves de la paz* da cuenta de los principales acontecimientos desde la ruptura de aquel Proceso de Paz en junio de 2007 hasta el comunicado de cese definitivo que la banda hizo público el 20 de octubre de 2011 ya que este último hito histórico no se explica sin el que se produjo con anterioridad.

Y uno de los protagonistas de aquellos primeros pasos a favor de la paz fue el presidente de los socialistas vascos, Jesús Eguiguren (Aizarnazabal, 57 años), que llevó el peso de las conversaciones con la izquierda abertzale y con ETA. En las páginas que siguen, a modo de testamento o confesión, Jesús Eguiguren nos cuenta todo lo que pasó y todo lo que vio durante aquel tiempo, y, al igual que la cebolla, se va despojando de sus diferentes capas hasta desnudar su experiencia de aquel tiempo por completo.

Por eso hablaba de testamento o confesión. Todos los detalles del proceso están aquí. El número de reuniones y las fechas, los temas tratados, el ambiente que las rodea, y que es difícil de imaginar en encuentros de este tipo. Lugares, horarios, métodos, todo recogido directamente mientras se desarrollaba el diálogo y no versiones fabricadas a posteriori. Un testimonio que tiene por tanto el valor de la inmediatez y no los arreglos posteriores según las conveniencias políticas.

Eguiguren tomó nota de todo sobre la marcha y puedo asegurar, como periodista especializado en esta cuestión, que de sus apuntes originales ni se ha quitado ni se ha añadido nada, ni siquiera en los puntos políticos más delicados. Hemos respetado el relato original, sin pretender darle una redacción políticamente correcta.

Estamos por tanto ante un testimonio de primera mano de aquel proceso que ofrece una versión completa e inteligible de lo que ocurrió, una narración que sólo podía hacer Jesús Eguiguren pues fue el único interlocutor.

La obra adquiere mayor dimensión si tenemos en cuenta que es la primera que cuenta con todo lujo de detalles los entresijos de una negociación con una organización terrorista. No hay precedentes de este tipo, pues por su propia naturaleza esta clase de diálogos son oscuros y de ellos se procura informar lo menos posible. Puedo decir que gracias a la colaboración en este libro con Eguiguren he materializado el sueño de un periodista. Rara vez se te presenta una oportunidad de narrar una historia como ésta.

Eguiguren, en sus encuentros con la izquierda abertzale, y luego con ETA, ofreció una visión flexible y no dogmática de la política constitucionalista. Es una mirada desde el constitucionalismo útil, cuya tradición fuerista liberal ha estudiado con rigor,

como la fuente de una solución política estable para el encaje del hecho diferencial vasco en una España moderna, democrática y constitucional. Esas tesis las defiende en algunos de sus libros, como *El arreglo vasco* y *Los últimos españoles sin patria y sin libertad*, y a ellas contribuye su profundo conocimiento de la historia del País Vasco y del socialismo vasco, a los que ha dedicado numerosos textos.

Eguiguren, presidente del PSE y ex presidente del Parlamento vasco, es un intelectual socialista, cuyo referente es Indalecio Prieto, que supo combinar el internacionalismo socialista con el autonomismo vasco, el llamado «socialismo vasquista», que tan nervioso pone a algunos pretendidos progresistas. Su singularidad y heterodoxia recuerdan a Mario Onaindia, ex secretario general de Euskadiko Ezkerra y presidente del PSE de Alava, con quien mantuvo una estrecha relación en la última etapa de su vida, antes de morir en agosto de 2003.

No faltarán críticas a la decisión de publicar lo que ocurrió. De momento la única reacción que tenemos es el interés suscitado en las organizaciones que se dedican a la teoría de la resolución de conflictos por la iniciativa del libro.

¿Por qué hasta ahora nadie había hecho un relato de este tipo? No lo sé. Pero es fácil imaginar los problemas que algo así conlleva. ¿Por qué lo ha hecho Eguiguren? Eso sí lo sé. Primero, y después de resistirse durante mucho tiempo, porque necesitaba contarlo para liberarse de los fantasmas que lo han atormentado desde aquella época. En segundo lugar, porque los años transcurridos desde entonces amortiguan los riesgos que esta narración pudiera contener y permiten analizar los hechos con la distancia y la objetividad que sólo puede dar el tiempo. En tercer lugar, porque por caminos y formas no previstos en el País Vasco Eguiguren inicia su trayectoria en la época de la pacificación, y su recorrido hunde sus raíces en aquellos años y por eso tal vez pueda aportar alguna luz a la difícil tarea que tenemos por delante.

Me voy a tomar la libertad de aportar una cuarta razón que Eguiguren, por su forma de ser, es reacio a destacar. Eguiguren sostuvo que José Luis Rodríguez Zapatero pasaría a la historia como el hombre que lograría el final de ETA. Eguiguren creyó

a Zapatero cuando en su investidura como presidente del Gobierno en abril de 2004 declaró con solemnidad que terminar con el terrorismo iba a ser la prioridad de su mandato.

Lo que entonces pudo ser una intuición o un deseo hoy es una realidad. Si el entonces presidente Zapatero no hubiera cortado el nudo gordiano que hacía imposible la paz, las cosas no hubieran cambiado como lo han hecho. Más allá de fallos o errores, lo arriesgó todo, se lo jugó todo en el intento de negociación y reunió el valor para dar un paso más y acabar con la creencia de que el conflicto no se solucionaba por la falta de voluntad del Gobierno, un mito que había sido asumido por muchos vascos como una verdad indiscutible.

Los ciudadanos de Euskadi descubrieron con asombro que por primera vez en la historia un presidente del Gobierno de España estaba dispuesto a inmolarsse en el intento por traer la paz. Este compromiso, el esfuerzo por conseguirlo y la forma en que ETA rompió posteriormente la tregua provocaron un nuevo golpe de efecto. Y los vascos dejaron de creer que la solución no llegaba por la falta de voluntad del Gobierno, sino que quienes no tenían voluntad eran los terroristas y Euskadi se dio cuenta de aquel mito. Y aquél fue el punto de inflexión que cambiaría las cosas. Y ésta es para Eguiguren la clave del final de ETA: el fin del respaldo social del que venía gozando a pesar de ser una organización terrorista.

Los primeros en percibir este cambio de apreciación fueron los simpatizantes de la izquierda abertzale y a tenor de los acontecimientos que se estaban viviendo llegaron a la conclusión de que mientras decidiera ETA nunca habría negociación ni paz. De este modo acordaron dejar de estar supeditados a la gente de las pistolas y recuperar las riendas de su futuro. A partir de entonces la izquierda abertzale la dirigirán los políticos que durante años habían sido meros apoyos superfluos y que ya estaban cansados de serlo. La segunda parte de *ETA. Las claves de la paz* aborda precisamente la secuencia de acontecimientos que se precipitaron en los últimos cinco años.

Como he dicho con anterioridad ETA perdió la legitimidad al romper el proceso y de la manera en que lo hizo. La legitimidad, una cualidad difícil de definir pero que hace que los seguidores no

discutan las decisiones de quien se considera el legitimado para mandar. Como los monarcas en el régimen absolutista, o los gobiernos democráticos en el actual, la izquierda abertzale era un mundo encerrado en sí mismo, en el que nadie discutía la legitimidad de ETA para mandar. Como digo después del proceso la legitimidad en apariencia irrompible de la que gozaba se rasgó como el cristal y no se pudieron recomponer los trozos. Y una vez rota, la izquierda abertzale pudo poner en cuestión el derecho de ETA a dirigir el movimiento. Ése es el origen de la paz que hoy estamos viviendo.

No es intención de Eguiguren, sin embargo, entrar en los análisis de ETA o de la izquierda abertzale que nos han traído a esta situación. Considera que eso sólo pertenece a quienes lo han llevado a cabo. Y piensa además que la responsabilidad de llevar a buen término el proceso recae sobre sus hombros y cree que será así durante mucho tiempo.

A pesar del linchamiento público a Zapatero tras el atentado de la T-4, la historia le hará justicia y será recordado por la posteridad como quien culminó el último gran reto de España que la transición tenía pendiente. Suárez hizo la reforma, Felipe González modernizó España, Aznar demostró que la derecha puede llegar al Gobierno con los votos y Zapatero concluyó con la transición que inició Suárez al lograr, al final de su mandato, el cese definitivo de ETA.

Por lo que respecta a Eguiguren, que también se ha visto sometido a una gran presión mediática en Madrid, de la que he sido testigo y ante la que me rebelo, la historia le hará justicia. Me causa un gran rechazo ver cómo algunos medios, de pretendida orientación antiterrorista, se ensañan desde Madrid con alguien que ha dado la cara en el País Vasco, que ha defendido la Constitución en primera línea y que ha llegado incluso a jugarse la vida todos los días desde hace casi treinta años. Por eso me enorgullece haberlo acompañado en este periplo, desengranando con él su vida política.

Y en este punto me gustaría destacar que en el clima de escepticismo o pesimismo generalizado tras la ruptura del proceso Jesús Eguiguren no perdió en ningún momento la lucidez y fue capaz de extraer consecuencias de todo lo ocurrido. Es convenient-

te recordar aquí algunas de sus declaraciones, en concreto tres, que hoy adquieren todo su valor: la primera fue que cuando desapareció toda esperanza de conseguir la paz y ante la extrañeza de muchos se atrevió a poner fecha al final del terrorismo, no por capricho, sino como consecuencia del análisis de la ruptura y la previsible evolución posterior de la izquierda abertzale. Lo hizo el domingo, 5 de abril de 2009 en una entrevista en *El País*. Soy testigo de ello porque yo tuve el placer de entrevistarle; la segunda fue que ante la imposibilidad de otro proceso como el que había fracasado, afirmó que se abría la vía de las decisiones unilaterales y que para ETA iba a ser más fácil acabar de esta forma, dando sus propias versiones y justificaciones, que una negociación bilateral donde siempre se consideraba perdedora ante el Gobierno, lo que abonaba el camino de la ruptura. Con estas palabras me lo volvió a decir en una entrevista posterior, después de habérselas dicho a Arnaldo Otegi, poco antes de que el líder de la izquierda abertzale fuera encarcelado; la tercera, y consecuencia de la anterior, fue que introdujo una reflexión sobre la forma en que se produciría ese final: no habría un «día D», ni un acuerdo puntual, sino que sería un proceso que se prolongaría en el tiempo construido a base de decisiones graduales. Éste es el momento en el que nos encontramos ahora. El símil que utilizó fue el de la nieve, que todo el mundo sabe que está ahí pero que nadie es capaz de poner fecha y hora al momento en que dejó de estar.

Las tres afirmaciones anteriores, realizadas tras el fracaso del proceso, reflejan perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Respecto a las reflexiones de cara al futuro, en las páginas que componen esta obra se señala el peligro de que una victoria democrática se convierta en una derrota política. Jesús Eguiguren cuenta que los veteranos del PSOE le enseñaron en la transición que la historia es resultado de una mezcla de olvido y de memoria. Como la vida personal de cada uno. Pero que no permitiéramos jamás lo que les pasó a ellos, que por el bien del País Vasco y de España tuvieron que dejar atrás el olvido sin dejar de presumir de su memoria. Si eso ocurriera, más allá de la injusticia que representa, pondría en peligro de cara al futuro, el equilibrio y los consensos que necesita el país. Para Eguiguren el peligro está ahí,

pero se muestra optimista sobre el resultado final. Repite precedentes de la historia vasca donde la reconciliación se impuso con rapidez. Y lo explica de la siguiente manera: los que ahora aparentan euforia, en algún lugar de su alma sentirán culpa; y los que aparentemente estamos preocupados en cambio nos sentiremos inmensamente orgullosos.

«Todo esto evitará que alguien sienta la tentación de traspasar límites inadmisibles. Pronto se darán cuenta nuestros adversarios históricos de que si no existiéramos, tendrían que inventarnos. Pronto descubriremos nosotros que sin ellos es imposible una Euskadi donde todos convivamos. Son cosas difíciles de entender para quienes no viven y no han vivido donde los problemas se producen, es decir, en el País Vasco. Al fin y al cabo la convivencia es una cuestión que sólo los vascos la pueden conseguir. Al Gobierno le corresponde ser responsable y ayudar. No serían dignos de llamarse españoles quienes desde el Gobierno o desde la oposición conviertan el problema vasco en un arma política», señala Eguiguren. El presidente de los socialistas vascos tiene plena fe en que el Gobierno español surgido de las urnas estará a la altura de las exigencias históricas.

En opinión de Eguiguren lo demás, aunque a algunos no les guste oírlo, lo tendrán que solventar entre los propios vascos. Con mucha prudencia política, con el recuerdo de las víctimas, con la reconciliación y cuando volvamos a ser la sociedad estable y pacífica que hemos sido siempre y cuando cesen las amenazas de cualquier tipo se impondrá la tarea de alcanzar un sistema de autogobierno en el que todos nos sintamos cómodos.

LUIS R. AIZPEOLEA

Antecedentes. Txillarre. De 2000 a 2005

Todo empezó en el pequeño caserío de Txillarre a finales de 2000, seis años antes de la declaración de la tregua el 24 de marzo de 2006. Cuando se produjo el anuncio, el día 23, aparecieron en las primeras páginas de los periódicos informaciones que hablaban de la directa intervención de la Iglesia católica, de Tony Blair e incluso de Sarkozy. Sin embargo, el proceso no comenzó en las cancillerías ni en los palacios de gobierno, sino en el mismo corazón del conflicto, entre el valle del Urola y el valle del Deba, donde se vive y se mata, casi en el mismo escenario en el que hace siglos se gestó el abrazo de Bergara. El caserío reunía todas las condiciones: discreción, tranquilidad y amistad.

Pello Rubio, al ser amigo de ambos, fue el nexo de unión entre Eguiguren y Arnaldo Otegi y quien, al facilitar su casa, los introdujo en un ambiente y un escenario favorable. Peio, con pasado trotskista y de militante de Comisiones Obreras, es una persona ligada a la izquierda abertzale pero a la vez un pacifista. Había trabajado en una empresa en la que era gerente Francisco Egea, que fue viceconsejero de Trabajo en el Gobierno vasco en el que era vicelehendakari Ramón Jáuregui y al que sustituyó como consejero de Justicia, Economía, Trabajo y Seguridad Social entre septiembre de 1997 y julio de 1998, cuando Jáuregui marchó a Madrid, reclamado por Joaquín Almunia, recién nombrado secretario general del PSOE en sustitución de Felipe González. Egea, junto con José Antonio Maturana y Rosa Díez, fueron los consejeros socialistas del Gobierno vasco que fueron forzados a dimitir en julio de 1998 al constatar la Ejecutiva del PSE que el PNV y Batasuna llegaban a acuerdos en el Parlamento vasco

al margen del Gobierno vasco, en lo que fueron los prolegómenos del Pacto de Lizarra.

«Egea, que es de Elgoibar como Otegi, militante del PSE y buen amigo, participó en aquellas primeras reuniones. Ahora me doy cuenta de que existió un factor generacional muy importante ligado a la geografía, casi paisajístico, unido a la tierra de nuestra infancia. En el transcurso de aquellas reuniones que se extendieron durante años siempre nos rodeó el paisaje de nuestra niñez: el valle del Deba, el valle del Urola, el caserío de Aittola zahar que aparece en un cuento de Pío Baroja. Un relato en el que don Pío escribe sobre una de las primeras salidas del médico de Zestoa para atender a una parturienta. Estas cosas dan serenidad y aumentan las ganas de vivir. Antiguamente los médicos solían aconsejar el regreso a la tierra de los orígenes como medio de recuperar la salud; éste fue el caso de san Ignacio de Loiola regresando a Azpeitia. Las reuniones las tuvimos en Txillarre, en Aizarna y en Azpeitia, siempre en la misma zona».

EN LAS PEORES CONDICIONES

Cuando Eguiguren y Otegi comenzaron a hablar, ETA llevaba un año de brutal ofensiva terrorista, iniciada en enero de 2000 con el asesinato en Madrid del teniente coronel Pedro Antonio Blanco, y que se prolongó hasta mayo de 2003, cuando asesinó en Sangüesa (Navarra) a los policías nacionales Bonifacio Martín y Julián Embid. En ese periodo, que se produjo después de la tregua declarada por ETA, entre septiembre de 1998 y noviembre de 1999, como resultado del Pacto de Lizarra-Estella, fueron asesinadas 46 personas. Entre ellas los socialistas Fernando Buesa, José Luis López de Lacalle, Juan Mari Jáuregui, Ernest Lluch, Froilán Elespe, Joseba Pagazaurtundua y Juan Priede así como varios militantes del PP. También fue gravemente herido el ex consejero socialista de Educación del primer Gobierno de coalición PNV-PSE, José Ramón Recalde. El Pacto de Lizarra-Estella rompió una década de colaboración entre el PNV y el PSE, cuando era lehendakari José Antonio Ardanza, aunque el PSE había abandonado el Gobierno

un año antes de su firma, al comprobar que el grupo parlamentario del PNV y Batasuna actuaban de forma coordinada en el Parlamento. Los Acuerdos de Lizarra-Estella fueron la base con la que el nuevo lehendakari, Juan José Ibarretxe, comenzó a gobernar tras ser elegido en octubre de 1998. Contó con el apoyo de Batasuna en la investidura y en la aprobación de sus primeros presupuestos, e incluso esta colaboración se prolongó algún tiempo tras romper ETA la tregua en 1999.

Como consecuencia de todo esto, el Gobierno de José María Aznar y el PSOE, con José Luis Rodríguez Zapatero recién elegido secretario general, firmaron en diciembre de 2000 el Pacto Antiterrorista, una respuesta a la exclusión que el nacionalismo practicaba con los no nacionalistas. Año y medio más tarde se aprobaba la Ley de Partidos, los jueces acentuaron la presión y Aznar convirtió el País Vasco y la confrontación con el PNV en el eje de su política. En contraste con el panorama español en Irlanda del Norte se había producido un hecho esperanzador: el Acuerdo del Viernes Santo de 1998, que abría la puerta al Proceso de Paz con el IRA, algo que se convirtió en uno de los focos de interés informativo de los medios españoles.

PRIMEROS PAPELES

En aquella situación, «mantuve los primeros contactos con Otegi. Recuerdo que traté de hacerle recapacitar sobre el factor generacional. Más o menos ambos rondamos la cincuentena, no tenemos —me refiero al plano económico— donde “caernos muertos”. Ambos —le decía— tenemos en común una actividad política de, al menos, veinte años. ¿No te das cuenta de que somos nosotros los que más sufrimos? Ni mandamos, ni somos la parte social hegemónica en este país; somos las víctimas. Vosotros, sin que eso aminore vuestra responsabilidad, sois quienes padecéis la cárcel, la clandestinidad... No veo que hagáis ningún negocio político. En cambio, el PNV y el PP (que también tiene sus víctimas en el País Vasco) hacen de la confrontación su mejor instrumento electoral. Y nosotros nos estamos matando. ¿Vamos a estar así toda la vida?

Esta misma pregunta, esta misma reflexión, tuve ocasión de hacerla a los interlocutores de ETA años más tarde, en uno de los escasos momentos de distensión que hubo cuando las cosas en el proceso de negociación ya estaban muy mal. Y recuerdo también la respuesta de uno de ellos: «Ojalá que no, pero si esto sigue así, tú ve comprando corbatas negras. Yo me pasaré toda la vida en la cárcel»».

Eguiguren confiesa que la adversidad le espolea, que si hace frente a las circunstancias difíciles de la vida aumentan sus ganas de hacer cosas, quizá por eso comenzó en aquel entorno nada favorable a reflexionar con Otegi, «sobre lo absurdo de la situación». Una reflexión a calzón quitado o a cara de perro, según el momento. «Yo le decía que estábamos haciendo el tonto: vosotros —en referencia a ETA— nos matáis y como consecuencia pasaréis a la cárcel y a estar fuera de juego». Sin olvidar que quien mataba era ETA, en aquella situación quienes alimentaban un clima de fuerte confrontación política eran el PP y el PNV, dos partidos de derechas, una contradicción que Eguiguren intentó utilizar como un puente hacia el entendimiento: «Pretendí hacerle ver a la izquierda aberztale, a través de Otegi, lo absurdo de la situación: que se mataran albañiles y concejales por el solo hecho de no ser nacionalistas. Tengo que decir que Otegi compartía este punto de vista».

La colaboración parlamentaria entre Batasuna, PNV y EA había comenzado antes de la firma del Pacto de Lizarra-Estella en 1998, lo que había provocado, entre otras cosas, la dimisión de los consejeros socialistas del Gobierno vasco en 1998 y había roto la coalición formada por PSE, PNV y EA en 1995. «Los socialistas, en aquel clima de persecución, nos sentíamos traicionados por el nacionalismo democrático. Pensábamos que nos había abandonado en Estella. Hoy no comparto este criterio. Quisieron la paz, pero el método era desleal con los socialistas y muy peligroso al estar por medio ETA. Y al mismo tiempo teníamos la convicción de que el PP utilizaba este hecho para alimentar el pensamiento único y rentabilizar la política de confrontación. Los atentados a personas muy cercanas, muy repetidos, me entristecían, pero no lograban atemorizarme. Sé a lo que estoy expuesto, y creo que el valor es miedo controlado, no soy más valiente que otros. Aunque

no ver una posibilidad de futuro y la reiteración de las muertes, todas ellas muy cercanas a mí y a mi mujer me produjeron una gran tristeza, me produjeron un desánimo total. En aquellas circunstancias nació mi hija. Hacía tiempo que su madre y yo habíamos decidido que se llamaría María. El microclima emocional que creó su llegada nos hizo recobrar la esperanza, creer en el futuro, pensar que la vida sigue... De pronto el mundo volvía a tener sentido. Y añadimos a María el nombre de Esperanza. Cuando más tarde hemos podido contarle esto, ella nos dijo que no le gustaba tener dos nombres, que iba a quedarse sólo con el segundo, y la esperanza nos ha acompañado desde aquellos días. Claro que había gente mucho menos romántica que me aconsejaba hacer testamento, a mí, que nunca pensé que llegara ese momento. Nunca heredé nada. Era como si me hablaran de ir a cazar a Australia. Pasé con mi mujer esos tragos e hicimos el testamento por lo que pudiera pasar».

Comenzaron las reuniones analizando las circunstancias y los fracasos de los dos procesos anteriores: el de Argel, entre el Gobierno de Felipe González y ETA en 1989; y el de Lizarra-Estella, entre los partidos nacionalistas y ETA, que se prolongó entre 1998 y 1999. «También teníamos sobre la mesa el proceso de Irlanda. La gente de Batasuna es muy formalista, les gusta dar a las cosas un aire de solemnidad, por eso acordamos hacer un documento con fecha y firma que tuvo un depositario. En él se dice que los reunidos intentábamos buscar un camino de diálogo, que Otegi no representaba a ETA, que estaba presente sólo como dirigente de Batasuna. En aquellos momentos iniciales sólo un círculo muy pequeño de personas estaba en conocimiento de lo que ocurría, tanto en Batasuna como en el PSE. Informé de mis conversaciones a Patxi López pero, sobre todo al principio, sin entrar en detalles, porque no había grandes avances. Aquellas conversaciones y las que se derivaron posteriormente nunca se abordaron en la Ejecutiva del partido, pues yo tampoco representaba al PSOE, sino que estaba allí como dirigente del PSE. Estos hechos desmontan muchos infundios sobre las intenciones que ocultaban aquellas reuniones sobre la violación del Pacto Antiterrorista.

»También se acordó con Otegi que las conversaciones se mantendrían al margen de lo que ocurriera fuera del caserío y de las declaraciones públicas de unos y de otros. Es decir, Otegi podía ir perfectamente a la cárcel y a mí me podían matar. Los que íbamos allí no teníamos ninguna garantía especial, ningún privilegio. Precisamente por aquellas fechas el Parlamento abordó la creación de la Ley de Partidos y yo, dentro del PSE, fui el más convencido de su necesidad, el que la defendió de manera encendida, aunque mucha gente pensaba que se trataba de una imposición del PP. Es decir, defendí una ley que iba a ilegalizar a Batasuna. Muchos podrán pensar que es una contradicción insalvable: sentarse a dialogar con Otegi y defender una ley que puede ilegalizarlo políticamente. Yo, no».

Además de la contradicción aparente o real que se producía en sus intentos de diálogo con Batasuna, Eguiguren se enfrentaba —en el seno de su partido— con aquellos que temían la pérdida de votos que podría acarrear la defensa y rúbrica de la Ley de Partidos, pero sus argumentos resultaban difícilmente revocables: «Más allá de las finezas jurídicas de la legislación y de la gente bien pensante, ¿cómo es posible en un país democrático que las víctimas tengan más problemas para actuar que sus verdugos? Ésta fue la pregunta que yo planteé en el Comité Nacional del PSE. Nosotros éramos perseguidos y quienes teníamos problemas. A eso había que darle la vuelta y que fueran ellos los que tuvieran problemas. Después de años estamos viendo los resultados y no pienso que se haya producido rechazo social, a pesar de la oposición inicial de obispos, empresarios, partidos nacionalistas... La sociedad vasca es muy pragmática: nadie movió un dedo contra la ilegalización de Batasuna y el único dedo que se movió fue para intentar llevarse sus votos. Lo digo frente a quienes me tildan de proetarra y filonacionalista. Me he pasado la vida defendiendo el constitucionalismo y pertenezco de toda la vida al PSOE sin síndrome de Estocolmo, ni de converso. Soy lo que la izquierda abertzale llama un “españolista”».

De cualquier manera, en el tenso clima político de Euskadi en aquellos años, con el PNV tensando la cuerda soberanista, esgrimiendo lo que serían los principios que informan el Plan Ibarretxe, la aproximación entre Eguiguren y Otegi no fue fácil, ni faltaron

las formalidades: «Otegi y yo sabíamos que pertenecemos a mundos distintos, que funcionamos con distintas creencias. Hicimos un documento que lo dejaba claro y también quedamos en presentar un texto escrito con las propuestas de cada cual. Arnaldo presentó un documento que seguía la estela de los acuerdos de Irlanda, lo que en definitiva venía a plantear que el Gobierno de España debía hacer una declaración del tipo de la Declaración de Downing Street, diciendo que el País Vasco tenía derecho a decidir su futuro político, y que eso a su vez traería la tregua. Yo redacté el mío con un planteamiento que obedecía al propósito de hacer posible el derecho a decidir, sin citar esos términos, respetando los marcos legales, buscando fórmulas viables en el marco legal navarro y vasco. Frente a la autodeterminación, principio de consentimiento. De hecho, todo el Proceso de Paz, mientras duró, funcionó siguiendo esos principios. ETA buscaba algo parecido a lo de Irlanda y yo defendía fórmulas viables dentro de la Constitución y del Estatuto. Buscando acercamientos. Esto sucedía en 2003 y aún no teníamos ni idea si serviría para algo o no».

PENSANDO EN EL PP

«Desde hoy el líder del PP se llama Mariano Rajoy». Con estas palabras designó Aznar a su sucesor en el XIV Congreso del PP el 22 de agosto de 2003 al ser elegido secretario general. El ex ministro de la Presidencia y ex ministro del Interior, que había sorteado la crisis del *Prestige* y navegaba en las procelosas aguas del apoyo a George Bush en la guerra de Irak, tendría que enfrentarse a José Luis Rodríguez Zapatero, un recién llegado que, para sorpresa de todos, se había alzado con la Secretaría General del PSOE tras la dimisión irrevocable de Joaquín Almunia en 2000, tras ganar las elecciones Aznar por mayoría absoluta. Estos hechos, unidos a la política de confrontación del PP con el PNV, antes mencionada, no parecen el marco más adecuado para que Otegi y Eguiguren tuvieran una relación fluida con las «altas» instancias. «En realidad trabajábamos un poco a ciegas. Ni Otegi ni yo informábamos de nuestras reuniones. Ambos esperábamos que apareciera una luz en

el camino. Yo, desde luego pensaba, y supongo que Otegi también, que de activarse un diálogo, sería con el Gobierno del PP. Lo digo para desmontar la tesis de una supuesta traición al Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo; nadie pensaba en 2003, ni en 2004 (a excepción de José Luis Rodríguez Zapatero), que el PSOE podía ganar las elecciones, que iba a cambiar radicalmente el panorama político y que tendríamos que empezar a hacer las cosas de otra forma. Batasuna tampoco lo pensaba. Por tanto, si las cosas salían bien estábamos trabajando para que fueran gestionadas por el Gobierno del PP».

En cualquier caso, conservar en secreto reiteradas reuniones en una pequeña zona, siempre la misma, y trufada por elementos de los servicios de información del Estado y de otras instituciones de menor cuantía, sería poco menos que un milagro. «Cuando afirmo que ni Otegi ni yo informábamos de nuestras reuniones no estoy asegurando que nadie supiera nada o no lo sospechara. En una sociedad como la actual y, por razones obvias, más aún en la sociedad vasca, eso es prácticamente imposible. Al menos en una ocasión fuimos espíados. Nos informaron de que había una persona parapetada tras un árbol a relativa distancia del caserío, vigilando. Nos vino una señora mayor de un caserío vecino a avisarnos de que nada bueno podía pretender una persona sola en el bosque, en plena nevada y con el frío que hacía. Nuestro contraespionaje artesanal funcionaba mejor que el Centro Nacional de Inteligencia (CNI). Salimos de la casa y nos acercamos a la carretera, donde pude ver un vehículo estacionado, apunté la matrícula y después de varios días pude cerciorarme de que algunos servicios de información estaban detrás de aquel operativo».

Al sentirse espíados se vieron obligados a buscar un nuevo lugar de encuentro y lo trasladaron a Aizarna, Azpeitia en una borda llamada *Astarkanda*. Con el tiempo Eguiguren y Otegi abrieron los encuentros de Txillarre. En alguna ocasión Fernando Barrena, dirigente de Batasuna en Pamplona, acompañó a Otegi. Y Patxi López, secretario general del PSE, lo hizo con Eguiguren. Pero no participó nadie más antes de que el proceso avanzara.